

LA FURGONETA, por Vicente de Lerins

«Sinforiano Morán llevaba conduciendo el vehículo de su propiedad al menos durante más de veinte años. Lo compró cuando era todavía joven, emprendedor y soltero, con la *blanca* en la mano, sin haber pasado aún ninguna revista en Gobierno, justo al licenciarse de aquella *mili* de hambre, de vaqueros arrugados y petate permanente auestas, aburrido como estaba al no haber conseguido un puesto de trabajo estable de funcionario en aquel Madrid cosmopolita –lugar donde “sirvió al Rey”–, que por aquellos años había perdido el remoquete de “pueblón manchego” impuesto por el universal Cela, para pasar al agitado de “movida”. Lo compró para no perder el tiempo, como una inversión, esperando traspasarlo cuando le saliera algún negocio más rentable en el futuro. Pero empezó a tomarle cariño al coche poco a poco, y no como a una joven ardiente, sino más bien como a una vieja prostituta, reconocida y admirada, con una mezcla de compasión y antojo disimulado. Se casó, llegaron las letras apremiantes y el negocio de la furgoneta quedó consolidado en la familia. Conocía a Lulubel –así bautizó cariñosamente a la furgoneta– mejor que a su propia esposa. A la mañana cuando lo arrancaba, y según el carraspeo con que le respondía, sabía al punto el estado de las bujías de caldeo, del motor de arranque, si picaba biela o no... y cuando se colocaba en la parte trasera del vehículo para olisquear los vapores que salían del tubo de escape, movía ligeramente la cabeza, y seguro susurraba para sí: “Hoy quemas más aceite, jodio, parece que vas flojo de estárter” si el humo tomaba un cierto color azulenco. O le asestaba un “me vas arruinar, cabroncete, como entres en bancada”, si defecaba pequeños restos de carbonilla por el mismo tracto.

Sinforiano era así, y se comportaba con Lulubel como un buen médico de cabecera, comprensivo y certero. Aquella mañana Lulubel,

arrancó a la perfección, al decir de Sinforiano, sin carraspera, ni resaca de mala noche, “redonda” remataría su doctor, para llevar a buen puerto la mercancía que previamente le habían cargado.

Félix Garrovillas había dormido fatal aquella noche. Al cansancio generalizado de la jornada se había unido una pesada cena a base de sardinas enlatadas – fue lo único que encontró a mano– y el fastidio del desfile en su torno que durante todo el día de hoy se había producido y que le mantuvo inmóvil durante buena parte del día. Iban y venían las personas, conocidas unas y desconocidas las otras, parándose momentáneamente frente a él para despedirlo con un correcto saludo que consistía en una ligera inclinación de cabeza, reverencia a la que Félix nunca correspondía, para seguir dentro de esa quietud mineral, esa ausencia que tan bien le caracterizaba. Mas tarde, aquella recua de gente iba formando corrillos de cuatro o cinco personas, hablando bajo, bisbiseando, como si rezaran oraciones fúnebres, aquel susurro de viejas que tanto irritaba a Félix, y que le impedía conciliar el sueño y poder echar una cabezadita de vez en vez. También las velas le molestaban, el calor que despedían le levantaba dolor de cabeza, una modorra que le sacaba fuera de sí. Razones de fundamento para seguir quieto, inamovible ante cualquier evento inesperado. Por fin se fue todo el personal ajeno y quedó solamente en la casa Félix Garrovillas y su familia, que vencida por el cansancio pronto se fue a dormir. Ya sólo, Félix aprovechó para salir del cubil, acercarse a la cocina buscando algo que llevarse a la boca, y la posterior y exclusiva ingesta del bocata de sardinas en aceite citado. Recorrió la casa habitáculo por habitáculo, como si fuese la postrera vez, fijándose ahora en los pequeños detalles, aquellos

que le habían pasado inadvertidos durante tanto tiempo. Los chorretones de aceite que se desprendían del bocata caían y se fijaban al suelo con voluntad de lapa sobre el parquet de espiga, dejando como una fila de hormigas gordas y pringosas tras de sí.

Decididamente se volvió a su guarida. Allí Félix se encontraba tan a gustito, como un niño con zapatos nuevos, rodeado de un tejido de raso, blanco, limpio y acolchado que le hizo caer en un profundo y merecido sueño. Así estuvo Félix durante toda la noche de ayer, aunque se propusiera, al acostarse, dormir solamente un par de horas, las suficientes para despejarse y salir de casa como alma que lleva el diablo.

Sucedió al pasar El Viso, a la salida de la segunda curva de la comarcal. Sinforiano Morán oyó aquellos golpeitos sobre la mampara de cristal del ventanuco que separa la cabina de la carga. Sinforiano, extrañado, giró la cabeza en aquella dirección para toparse tras el cristal con la cara lívida y mortecina de Félix, que recién levantado del sueño, gesticulaba con sus manos intentando llamar la atención del conductor. Los ojos de Sinforiano, grandes como huevos, salidos de sus cuencas, incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo y oyendo en aquellos momentos. No tuvo tiempo de reaccionar. La buena y servicial Lulubel quedó encajada *ipso facto* bajo el camión sobre la que ahora avasallaba y sometía impudicamente en el mismo centro de la calzada. Sobre aquel amasijo de varillas, hierros y piezas sueltas de fundición, como una cacharrería laberíntica, las dos almas fueron capaces de zafarse fácilmente, subir en la vertical del cenit de la mañana a una velocidad de vértigo, entrelazarse en

un abrazo vacío, como hecho de humo, para despedirse. Cayó en picado el alma de Félix Garrovillas sobre su propia casa a la búsqueda del resto del bocata de sardinas, montando un estruendo de sartenes, ollas y cacerolas. Lejos del accidente y en la cuneta, en una puerta lateral de la furgoneta, que había salido despedida e ilesa del fatal encuentro, seguía rotulado en blanco sobre negro el nombre de la empresa de Sinforiano: FUNERARIA MORAN »

“Un hombre murió ayer al accidentarse el coche fúnebre en el que viajaba y que trasladaba un féretro hasta la localidad cordobesa de Hinojosa del Duque.”

Publicado en el diario **“EL MUNDO”** el jueves 6 de abril de 2006.

Vicente de Lerins, Madrid abril de 2006